

CATEQUESIS ESCENIFICADA

¿Nuevo método? ¿Nuevo camino? No. Lo metodología, hoy, más que trazar caminos nuevos, aprovecha los ya abiertos. A veces, el nuevo procedimiento llega a alcanzar denominación y precisión un tanto desvirtuado de su primera finalidad y de su maestra utilización.

Jesucristo escenificaba, en alguna manera, sus catequesis. Ahí están sus parábolas, tomadas de gestos de la vida ordinaria. La Iglesia ha seguido el método del Maestro. Ahí está su Liturgia, donde la palabra y el gesto son hermanados por la fe y el sentimiento religioso.

La catequesis escenificada no es un método más, ni mejor ni peor que otros. Forma parte de una variedad metodológica, completando a otros y siendo completado por ellos, sin otra comparación ni juicio de valor que el ser más adecuado para ciertas edades y ambientes¹.

Para la efectiva utilización de este procedimiento convendrá tener presentes *la finalidad del mismo, sus exigencias de orden práctico y la apropiación*, a la que que hemos aludido anteriormente, como característica diferencial.

A) Fijémonos primeramente en sus *alcances y limitaciones*. El papel instrumental de la metodología —catequística o no— posibilita la eficaz actuación o actualización de las cualidades del maestro. No es del caso terciar aquí entre los pros y contras de unas fobias metodológicas que encubren una falta de flexibilidad adaptativa, aunque provocadas, a veces, por un metologismo que intenta suplir aptitudes, y los de una actitud de caza ante lo novedoso, que suele revelar ordinariamente falta de juicio crítico.

Hemos dicho, líneas más arriba, que no es un camino nuevo, y es justo añadir que, por desconocimiento o por una estimación excesiva de

¹ Pueden consultarse, para orientación, los libros siguientes:

SIRONVAL, Alfred, *Pour une pédagogie catéchétique*. Casterman, 1961.

LUBIENSKA DE LENVAL, Hélène, *La liturgia del gesto*.

MEDINA, Aurora, *La dramatización en la escuela*. «Lengua y Enseñanza», Ministerio de Educación Nacional, 1960.

las dificultades, no suele hacerse mucho uso de él en la enseñanza catequística.

No obstante esto, la catequesis escenificada es un complemento si no necesario, sí muy conveniente, de los diversos métodos que se emplean para acomodar el mensaje evangélico a una edad (segunda y tercera infancia) donde viven los niños entre el sueño y la realidad, abiertos al simbolismo. Hay que procurar entrar en el alma infantil por las puertas abiertas de su sensibilidad y de su imaginación, aunque sin confundir la adaptación con una infantilización de los valores religiosos. Las características psicológicas que definen el período infantil —afectividad, imaginación e instinto de imitación— fijan las exigencias didácticas.

Si a la palabra unimos el gesto y la acción recreativa; si logramos incorporar al niño, mediante sus facultades, al contenido vital de una doctrina, de un texto evangélico, de una definición abstracta, aclarándole el significado de la palabra, alumbrando por la vía sensitivo-afectiva la inteligencia, nuestra semilla dará el ciento por uno.

Uniendo el gesto a la palabra se consigue no sólo una más perfecta expresión de los sentimientos, sino, y particularmente, una mayor comprensión de las ideas. Mediante el gesto expresamos mejor que con la palabra nuestra vida íntima, especialmente la afectiva. Los sentimientos de gozo, dolor, tristeza, solo en la «mímica emocional» logran la más perfecta expresividad y, como consecuencia, la mejor comprensión. Podemos haber leído u oído mucho sobre el dolor sin haber captado todo el contenido humano de esta palabra. Quizá nos hubiera bastado para ello el rostro contraído de una persona en la cama de un hospital. Lo que la palabra dice de manera abstracta, el gesto lo muestra, lo explicita².

No se agota la finalidad de la escenificación en la expresividad y comprensión. Aún más, esto es sólo el medio de lograr despertar el sentimiento —religioso en nuestro caso— y de interiorizarlo, de grabarlo. Insistiremos en esta idea cuando demos las normas para la realización práctica, no sea que perdido de vista el fin primordial de este método catequístico, una preocupación estética o plástica haga derivar en una representación religiosa (pieza teatral de tema religioso) una lección de catecismo.

B) En manuales y revistas nos encontramos con palabras de próximo significado, que pueden llevarnos a la ambigüedad. Dramatización, celebración y escenificación pueden valernos de referencia en la materia

² «Gaston Baty, hombre de teatro, denuncia el imperialismo del lenguaje, que por sí solo pretende dar testimonio del ser del hombre. Ahora bien: el hombre entero es un ser expresivo: el juego de la boca y de los labios se inserta en la pantomima, movilización de todos los medios personales al servicio de una significación no dictada palabra a palabra, sino indicada más allá de las palabras, sugerida al espectador en las márgenes del texto... La realidad profunda de los seres, en la escena como en la vida, se resuelve en una esencia no verbal, que las fórmulas traicionan siempre indicándola» (GUSTAV DORF, Georges, *Traité de Métaphysique*. Armand Colin, París, 1956, p. 203.

que vamos tratando. Un determinado uso ha ido precisando su sentido. *La dramatización* responde a la representación de un hecho sacro. Se remonta a los orígenes del teatro, mecido en los claustros catedralicios y en los pórticos de las iglesias, y alcanza su mayor esplendor en las piezas teológicas de nuestro Siglo de Oro. En estas representaciones se cuida la forma exterior y la estética. *La celebración*, más que el intento de evocar un hecho histórico, «es la expresión gestual de una actitud interior que compromete a la persona»³. Su carácter primordial es el de una actividad en forma litúrgica. *La escenificación* está más próxima de la celebración que de la dramatización en cuanto a la sencillez del elemento decorativo, pero no tiene el carácter litúrgico que hemos señalado a aquélla. Pretende *aclarar conceptos abstractos, definiciones no muy comprensibles, la actualización de un hecho, de una doctrina, utilizando como medios auxiliares de la palabra la acción y el gesto*, despertando con ello el sentimiento religioso con una vertiente externa hacia la expresión que facilita el desarrollo interno, la interiorización del mismo sentimiento.

He querido precisar el alcance de estas palabras para fundamentar las observaciones prácticas.

Como hemos señalado implícitamente en párrafos anteriores, debe abandonarse toda preocupación por lo decorativo. Aún más, debe ello reducirse al mínimo posible, para que la atención *de los actores* se fije exclusivamente en las evoluciones y en los gestos, alcanzando éstos así mayor fuerza expresiva. Telones, trajes, caracterizaciones, estorban más que ayudan en la escenificación catequística.

Ha de cuidarse con esmero la naturalidad en el gesto que debe acompañar armoniosamente a lo expositivo. Esta naturalidad no excluye una educación estética, por otra parte muy necesaria en nuestro ambiente. La formación artística que a este respecto reciben los niños de otros países europeos en los juegos, danzas, «ballet», etcétera, facilita la apropiación de esos medios expresivos a los procedimientos catequísticos de referencia. Como directrices más inmediatamente prácticas cabe señalar:

a) La elección de un buen lector, cuya misión es introducir a los personajes.

b) El grupo de espectadores debe suprimirse. Han de intervenir todos los catequizandos. Esto es fácil de conseguir teniendo presente una escala de actividad: quien no pueda hacer otra cosa, que entre en el cortejo de los que acompañan a Jesucristo en su entrada a Jerusalén.

c) La realización no exige ensayos, y lo que propiamente pudiéramos llamar «preparación» de lo que posteriormente han de repetir, o mejor, re-crear los niños, no debe carecer del hondo sentido espiritual de las definitivas representaciones.

d) Una oración en común, y *formulada* por ellos mismos, dará más realidad a la característica señalada como exigencia en el apartado anterior.

³ *Pour une pédagogie catéchétique*, p. 103.

e) La delicadeza y el respeto, vinculadas al sentimiento religioso, harán que no se corra el peligro de exponer lo sacro a la irreverencia.

C) Para la debida adaptación de este método a la acción catequística conviene recordar que su empleo lo limitan diversos factores: la edad, el tema mismo del pensamiento religioso y hasta la circunstancia ambiental son los más importantes.

De los siete a los doce años —podemos extendernos hasta los catorce—, cuando la impresionabilidad sensorial es grande, se siente la imperiosa necesidad del juego y la imaginación es particularmente viva, es el período más adecuado para la escenificación. Si el catequista consigue que los niños actualicen todas las potencialidades de su ser: espirituales y corporales, afectivas y voluntarias, al mismo tiempo que facilitará la memorización y comprensión del texto o del hecho evangélico, logrará una mejor educación del sentido religioso.

Hay temas que se prestan más fácilmente a las interpretaciones escenificadas que otros: escenas de la vida de Jesucristo, sus parábolas, pueden darnos sobrados asuntos. El niño pequeño capta más fácilmente la trama de toda la acción, la sucesión de los acontecimientos, el papel que desempeña cada uno de los personajes que integran el cuadro, cuando los ve evolucionar ante sí que cuando tiene que evocarlos en los contornos imprecisos de su imaginación.

La preferencia dada a los hechos históricos y a las parábolas no excluye el que ciertas definiciones del catecismo y pasajes de la Sagrada Escritura, puedan incluirse en el programa de estos catecismos.

A las limitaciones de edad y tema hay que añadir las ambientales. Señalo, atendiendo a la brevedad, dos extremas. Un catequista sin sobrada autoridad puede encontrar dificultades en el empleo de este procedimiento que aconsejen el que no lo utilice. El desorden y la irreverencia pueden ser el fruto de este método mal empleado. Del mismo modo, allí donde la delicadeza expresiva del gesto estético se interprete como cursi (suburbios o zonas donde los niños vegetan de una degeneración sentimental), habrá que empezar por cultivar el sentimiento artístico, que lleve a la admiración de lo bello. Cuando hayan comprendido el sentido del gesto, cuando perciban su contenido afectivo, puede pensarse en la escenificación como método catequístico.

D) *Esquema de un catecismo sobre la parábola de los talentos* (niños de diez a doce años).

Material para la escenificación: Un libro de los Evangelios y unas tarjetas con los números 5, 2 y 1, correspondientes a los talentos.

Finalidad del catecismo: Actualizar las enseñanzas de Jesucristo contenidas en la parábola.

El mismo peligro que corremos en relación con la persona de Jesucristo, de fijarlo en su período histórico, sin hacer sentir al niño el «qui vivit et regnat» que reza, nos puede amenazar con la doctrina del Salvador. Su savia orientadora y vivificante no llega hasta nosotros porque estamos acostumbrados, «siguiendo el Evangelio», a limitar el auditorio de Jesús: sencillos israelitas, fariseos hipócritas, poniéndonos fuera del

alcance de unas palabras que el Verbo eterno dijo para todos los tiempos y para todos los hombres.

Intentemos en este sencillo caso la actualización.

— El lector, o el catequista, lee con unción la parábola.

En breve introducción hay que ambientarla en el tiempo litúrgico. Si estamos en Adviento, por ejemplo, se pueden citar los Evangelios de los domingos último de Pentecostés y primero de Adviento, donde se habla del Juicio. En el Juicio daremos cuenta de los talentos recibidos...

Se indica a los niños que se va a repetir la lectura de la parábola, pero representando ellos los personajes que se citan en el texto evangélico. El lector, en un rincón delantero, empieza la lectura del Evangelio de San Mateo, cap. XXV, 14: ... *«Convocó a sus criados»*...

— Un niño, que hace el oficio del señor, pasa al centro de la escena y con un delicado gesto llama a sus sirvientes.

— Se adelantan otros tres niños, que se sitúan alineados a la derecha del primero.

... *«y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, a otro dos y uno sólo a otro, a cada uno según su capacidad...»*

— Pasan los siervos y con ademán respetuoso van recibiendo los dones. Es el momento de enlazar la representación histórica con la actualización doctrinal.

¿Qué representan los talentos? Los dones que Dios nos da: Vida, inteligencia, salud o enfermedad (recaltar que «todo es gracia»), vocación, etcétera. Hay que procurar sugerir estas respuestas a los mismos chicos. Entonces los que van enunciando estos talentos se agrupan junto a sus compañeros de cinco, dos y uno, conforme se lo vaya señalando el catequista.

... *«y marchóse inmediatamente»*...

El que desempeña el papel del señor abandona el centro de la escena, situándose en el ángulo opuesto al del lector.

... *«el que recibió cinco talentos fue y negociando con ellos»*...

— Se dirige al fondo de la sala y dialoga animadamente con dos o tres de sus compañeros.

... *«sacó de ganancia otros cinco. De la misma suerte, aquel que había recibido dos ganó otros dos»*...

— Actitud y gestos similares a los del anterior.

... *«mas el que recibió uno»*...

— Va al extremo opuesto, reflejando en su rostro la preocupación y cobardía que expresará más tarde a la vuelta de su amo y señor.

... *«fue e hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor»*...

— Se inclina hacia el suelo, mimifica como si depositase el talento en el hoyo abierto y como si lo recubriese con tierra.

... *«Pasado mucho tiempo volvió el amo de dichos criados»*...

En acción simultánea a la lectura entra y se sitúa nuevamente en el centro de la escena, al mismo tiempo que con un gesto de llamada acompaña la lectura de:

... *«y llamólos a cuentas»*...

— Aparecen los tres siervos, colocándose como al principio.

... *«llegando el que había recibido cinco talentos presentóle otros cinco, diciendo»...*

Adelantándose el que había recibido cinco, hasta ponerse ante su señor, en actitud respetuosa, lee o recita:

... *¡Señor!, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco más que he ganado con ellos»...*

Otro momento clave para la actualización. Como una trama continuada de la narración, el catequista ha de trasponer el hecho a las circunstancias actuales hasta su proyección concreta en la vida de cada cual. Los niños han de ir indicando cómo han hecho fructificar esos dones. Empieza el que los tiene señalados en la hoja y le siguen los que el catequista agrupó con él:

- la inteligencia mediante el trabajo, el estudio, el esfuerzo...
- la riqueza dando lo justo al que se le debe, concediendo el favor al necesitado...
- la vocación respondiendo a la llamada de Dios, siendo fieles...

La historia de la Iglesia, en la vida de los santos, nos muestra variados ejemplos de correspondencia a los dones de Dios. Los niños que aún no han intervenido pueden pasar al grupo de actores representando al santo que citen como ejemplo. El catequista puede ayudar trazando los rasgos fundamentales que definan al personaje:

- Inteligencia, patrón de los estudiantes... Santo Tomás.
- Pobreza... San Benito José Labre.
- Vocación... Abrahán, Moisés... San Francisco Javier.

Dando gracias a Dios por los talentos que nos ha concedido y destacando la idea *de fidelidad* a esos dones, puede concluirse el catecismo con una oración formulada, como decíamos anteriormente, por los mismos chicos. Debe contener, fundamentalmente, estas ideas:

- Reconocimiento de los dones recibidos de Dios.
- Agradecimiento a la liberalidad divina.
- Promesa de fidelidad a las gracias recibidas mediante la petición y el auxilio de la ayuda divina.

El «Magnificat», cantado o rezado, puede expresar nuestro agradecimiento, con el que terminaremos la sesión catequística.

Para que la contribución personal de los catequizandos sea mayor, el catequista puede hilvanar muy de pasada las líneas fundamentales que hemos trazado anteriormente, eliminando todo matiz de ensayo y dejando luego a los niños que actúen libremente, no como mera repetición, sino en una nueva creación.

H. Juan Manuel MARTÍN SÁNCHEZ